

Presentación

Cuando la paleontología humana emite un veredicto sobre si tal fósil pertenece o no a alguien que fue un hombre tiene que contar ya forzosamente con una definición de hombre por muy germinal u oculta que esta sea.

Lo mismo ocurre con el saber acerca del hombre que nos transmite el estudio de las culturas. Querer dirigir la mirada a culturas extrañas sin un marco teórico previo es un contrasentido. Pues la condición para que algo de otros pueblos nos resulte extraño y nos llame la atención es precisamente el supuesto de que hay una unidad definible entre los seres humanos. Una unidad que admite expresión en conceptos y constituye aquel horizonte filosófico desde el que siempre nos acercamos ya al hombre cualquiera que sea el enfoque categorial adoptado. El propósito de desvincular tales enfoques de la filosofía refleja un nominalismo antropológico que, recogiendo y clasificando «hechos», pretende que éstos alumbrarán la verdad sobre su objeto de estudio. Pero lo cierto es más bien lo contrario, a saber, que la observación no es desinteresada, sino que cuenta con la guía de un criterio. Por eso, precisamente, es posible el factor de lo exótico en un estudio de antropología social o cultural. Y por eso, en paleontología humana, no se limitaba Leakey a poner un número de serie a cada cráneo encontrado; antes bien, igual que su padre, quería saber si eso pertenecía a un hombre primigenio o a algo que todavía no podría llamarse hombre.

La misma información cultural nos indica a veces, en «acto segundo», cómo nuestra búsqueda se constituye desde una filosofía tácita. Así, la creencia de los caboclos del Brasil en multitud de bichos que pululan puede muy bien estar condicionada por el medio selvático en que viven. Pero, más allá, señala la distinción entre un mundo patente y uno latente, justo un ingrediente de la actitud filosófica. Al constatar que dicha creencia no se da en nosotros, o se da de otra forma, nos reconocemos también referidos a un mundo latente en el que lo no vernáculo es muy superior a lo autóctono. El mundo que funda, para todo hombre, la posibilidad de la filosofía.

José Luis Caballero Bono